

Editorial del diario La Prensa donde se expone la estrategia conciliadora del peronismo con los sectores opositores

17 de julio de 1955

Diario La Prensa

Fuente

Julio Godio, La caída de Perón (de junio a setiembre de 1955), vol. 2. Biblioteca política argentina nro. 115, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985.

El general Perón, de acuerdo con su afirmación a los legisladores partidarios de ambas cámaras, dio por terminada la revolución que iniciara y dirigiera el 17 de octubre de 1945, apoyado y sostenido por la voluntad y fuerza de los trabajadores de esta tierra. La razón que lo ha movido a tomar esta determinación histórica y trascendental es que la revolución ha triunfado. Y ha triunfado, en efecto, porque todos los objetivos que se fijara al iniciar la marcha fueron cumplidos en la medida prometida y con la profundidad suficiente como para que se pueda postular, sin temores, que resulta hoy imposible dar un paso atrás, porque habrán de impedirlo los mismos que hicieron posible la revolución, aumentados por el caudal de sus hijos y la cantidad de adeptos que el movimiento peronista fue sumando a medida que las realizaciones de sus objetivos mostraban al pueblo la verdad de una justicia que se cumplía.

Dijo el jefe de Estado: "Por eso, días pasados, he dado por terminada la revolución. La revolución peronista ha finalizado; comienza ahora una nueva etapa que es de carácter constitucional, sin revoluciones, porque el estado permanente de un país no puede ser la revolución". Esta decisión histórica era esperada por los hombres de la primera hora, pues en ellos era ya carne la convicción de un triunfo completo y ansiaban la iniciación de esa etapa que consolida, definitivamente, lo que, por ser triunfo de hoy, debe ser adquisición normal de un futuro. Se esperaba la iniciación de la evolución revolucionaria porque con ella se pone sello a un movimiento que no se desvió por cauces de extravío, como aconteció frecuentemente con otras revoluciones, ni se diluyó en ambigüedades que son provechosas para los antirrevolucionarios.

Se inicia, pues, la etapa de la evolución; con el mismo fervor e idéntica mística, porque se trata de la vigencia de un estado que la comunidad, por otros medios, habrá de respetar en la misma forma en que fueron cumplidos los preceptos revolucionarios. La evolución, dicho en términos corrientes, no es más que la prueba final de una obra que se cree recia, completa, fortísima. Exige, por lo tanto, la tensión máxima de los cimientos y el equilibrio en la armadura. En esta prueba queda empeñado, junto con

el idealismo de los trabajadores, todo el esfuerzo creador que hizo posible el triunfo de la etapa terminada.

Mas queda por definir, con la misma claridad con que lo hiciera el Presidente de la República, cuál es la posición, alcances y objetivos de esta evolución. En cuanto posición, aléjese cualquier intención retrógrada. El triunfo de la revolución —única circunstancia que mueve a darla por finalizada— no puede significar la posibilidad del retorno de las ideas que la combatieron o trataron de imposibilitarla. Lo hecho y construido desde 1945 hasta la fecha tiene rótulo de inmovible, aunque admita la lógica y humana perfectibilidad de las creaciones del hombre. Pero han de estar firmísimas en sus intenciones de bien para la comunidad organizada de acuerdo con las líneas que la revolución ha hecho clásicas.

En cuanto a alcances, la evolución tiene un solo límite: hacia adelante, la Patria con su destino mundial; hacia atrás, nada ni nadie, porque va en ello un retroceso imposible. Sobre todo en lo espiritual, campo en el que la prédica revolucionaria fue abundante, pródiga y generosa. La evolución de los espíritus debe ser total porque las exigencias internacionales no permiten planteamientos o posturas que pudieron ser razonables y hasta patrióticas cincuenta años atrás. Y en lo referente a los objetivos de esta nueva etapa, las palabras de Perón son definitivas. Se logrará —cueste lo que costare— la pacificación nacional. Y para ello, se cuenta precisamente con esa decisión ya mencionada de no permitir retrocesos y con la segunda intención de trazar un solo límite. Ya no existen partidismos que puedan ofuscar a los recalcitrantes. Es ahora la comunidad argentina la que juega su papel, y en su bien se depondrán los enconos de una era olvidada en lo personal, precisamente porque la revolución ha terminado para dar paso a esta etapa de la evolución.